

Fragmento de la novela «Ex-absurdo»

CAPÍTULO UNO

Llegaron los cadáveres a las tres de la tarde. En una camioneta los trajeron —en masa, al descubierto— y todos balaceados como era de esperarse. Bajo el solazo cruel miradas sorprendidas, pues no era para menos ver así nada más paseando por el pueblo tanta carne inservible: ¿de personal locales? Eso estaba por verse. Y mientras tanto gritos por ahí, por allá, por lo demás, al fin, chiflo avisador que penetró a cuchillo en recintos tan íntimos como el de Trinidad, quien buscando frescuras fue a tirarse gustoso al mosaico del baño, más resuelto que nunca a gozar de su siesta.

La de todos los días, en calzoncillos: la siesta ideal, de apenas diez minutos, y en cuanto despertara culminaría su sueño con un cigarro de hoja: encenderlo en el acto, fumárselo despacio, para darle cabida a tanta paradoja. Mas en esa ocasión el hombre apático en duermevela incómoda: porque seguía el desate del zumbido exterior no obstante la encerrona y no obstante también haberse puesto bolitas de algodón en los oídos. Debía apagarse entonces aquella reciedumbre, pero ni para cuándo se apagara. Antes bien, al revés: se hizo más ostensible lo que él consideraba una guerra en su contra. Barullo de zancudos en vil preparación, siquiera manotearlo... Todo vino a aclararse cuando su esposa airada violó su intimidad:

—¡Despiértate, haragán! ¡Vámonos a la plaza principal! Hay muchos balaceados y no dudo que entre ellos figuren nuestros hijos.

—No es cierto. No lo creo. Pero ve tú si quieres.

—Acaba de llegar la camioneta, la esperada por todos los de aquí desde hoy en la mañana. Debido a su retraso la angustia de la gente se ha vuelto un desgarrate, pero, por lo que veo, tú no estás preocupado.

—Lo estaré cuando sepa la verdad.

—Pues qué mal padre eres, qué inhumano, ya ni la...

—Es que voy a dormirme ahorita mismo. Pero, ¡anda, ve!, y cuando traigas la información correcta entonces a ver qué hago.

Monumental pachorra la del tipo, dado que ni siquiera por sus hijos era capaz de abandonar sus hábitos. Inútil convencerlo porque de suyo el sueño se imponía, más aún acostado, de espaldas al rosario de insultos y reclamos: al azar, ¡ojalá!: el zumbo inalterable: manotearlo. ¡Ya mero! Cerrar los ojos bien, santo remedio, o taparse a presión ambas orejas para evitar la entrada del notición macabro, pero ¿por cuánto tiempo sus manos harían fuerza? No mucho más allá de media hora, porque ni media hora duraría la soflama estridente de la esposa, misma que ya sintiéndose vencida le lanzó una azagaya cargada de veneno:

—Pues yo sí voy a ir. Pero cómo quiesicra que en lugar de mis hijos el muerto fueras tú.

Enseguida el portazo y tras él un vacío de absurdas consecuencias. Tranquilidad apenas alusiva que dejaba hecha nudo la escena de la siesta, dando pie a lo inestable: saberse así de golpe señalado por un dedo diabólico, rayo propiciador de pesadillas donde el padre collón, semidormido, huía pisando muertos para caer al cabo en medio de ellos, jamás incorporarse aunque quisiera, ni con fuerzas hercúleas podría hacerlo, y oír a la distancia la frase gemebunda de su esposa y repetida a coro por sus hijos. Una frase final como un balazo traspasando a la brava una línea fugaz. *¡Muérete!, adrede, aquí, veladamente.* Después un devenir de sangre y niebla, un activo chorreo paradigmático cual si latiera algo todavía. Sangriento él, sus hijos, su señora. Sangrienta en todo caso la floración del sueño que hacía bellos los miedos y terrible el placer de encontrar (de vencida) la mejor posición en el mosaico, donde, por más de un par de horas el protervo haragán fue un bulto como tantos de los que se exhibían allá en la plaza.

Allá lo resultante —ciertamente—: de una por uno, en fila, los tendían en la acera. Para ello cooperaban los mismos demandantes guardándose a la fuerza los sustos naturales de cualquier ser humano. Esto significaba que debían maniobrar con seriedad y apuro. Mas si algún voluntario acarreador descubría a un familiar de entre los muchos que iba acomodando, pues desde ese momento dejaba de prestar su ayuda a los demás. Ya vendrían por supuesto grandes segundas partes, y terceras y cuartas. Supongamos.

Asco y fragilidad, muy cuestarriba. Repulsión y zozobra desvanecidas luego, porque yendo al resumen de una vez: de los dieciocho muertos presentados únicamente cuatro eran de ese lugar. Tras reconocimientos en detalle no hubo una gran tragedia como muchos pensaban. ¡Gracias a Dios!, ¡qué suerte!, ya que por conjetura el lloro lugareño sería reducidísimo: fue, incluso, musiquita, nada más, nada menos, y no muy larga hasta

eso si hemos de compararla con lo que se dio a cambio: un verdadero cúmulo de preguntas al vuelo convertido a la postre en griterío pelado contra el chofer de aquella camioneta, contra sus maniobreros —tres, para ser exactos, en conjunto, los favorecedores regionales; o sea, no eran de allí, por cierto, esos voluntariosos que andaban con su larga pestilente desde hacía cuatro días mostrándola en los pueblos de aquí de la redonda, anunciando el siniestro a través de aparatos que amplificaban voz y resoplido por todos estos lados. Un eco tremebundo contra los mismos cerros—, contra los mismos cielos el mitote, donde el planeo de buitres en rondón temerario todavía era un ideal de cruenta comilona en cualquier rato: ¡sí!, allá, mejor, en lo alto y para siempre, los puntos suspensivos. Mientras tanto acá abajo los manoteos y las arremetidas contra quien más tenía la obligación de dar respuestas largas, pero el chofer de plano no podía, porque ¡vaya desorden!

Debieron transcurrir más de tres horas para que el susodicho diera los pormenores en tono general. Larga la explicación, casi redonda, tanto que al concluir pidió a la multitud que de favor siquiera cooperara para subir de nuevo a la cajuela los catorce cadáveres restantes. Retirada discreta hacia el anochecer, pocos se acomodieron. Repugnancia mayor tratándose de muertos no queridos. No obstante, y ya nomás como último servicio, la camioneta llevó casa por casa a los cuatro difuntos, ya llorados bastante por unos dos-tres hombres y unas cuatro mujeres.

Fue un cortejo *sui generis*, adrede, dado que yendo a pie los familiares, de acuerdo a la costumbre en donde sea, en lugar de ir detrás del mueble fúnebre, a paso de tortuga se fueron por delante, así al chofer no le quedaba de otra que ir a vuelta de rueda, atento a las señales de aquellos infelices: «Ahora doble a la izquierda y sígase derecho hasta el final.» Previamente el problema se presentó cuando hubo disparejos para ver quién primero y luego quién, y el último, ni modo, a caminar más trechos. La condición fue clara, fue aceptada. Los deudos sufridores tuvieron que cargar al muerterío total, subirlo cuanto antes, porque si no el chofer vengándose a lo chino les dejaría en la acera sus cadáveres, sin más negociación.

Favores con favores traen como consecuencia una frialdad perpetua, sobre todo cuando se sabe, de hecho, que los adioses son muy relativos. Esto es: huyó la camioneta a medianoche dejando abierta la posibilidad de un regreso quizás menos terrible. Sí, pero no, porque, digámoslo tajante, a fuerza de medir las pesadumbres, ¿qué podía ser más feo para los afectados?, ¿el luto o la demora? En tanto en ascuas la inmensa mayoría: ahí sí que abundaban las sospechas y los contrasentidos. ¡Vamos!, la matazón se dio. Trinidad lo sabía muy en el fondo; la esposa, ni se diga; y el pueblo en general, por ende, por lo visto. Pero conviene entresacar aquí un ejemplo entre muchos parecidos, o sea, gente que recibió noticias a medias, mal, pues, difusa información para extender la angustia durante quién sabe cuánto.

Y la resolución entreverada. Protestas, en principio, más bien después, porque eso dependía de acuerdos colectivos. Pero los bisbiseos al aire libre o dentro de las casas: ah... Habría que imaginar las gradaciones del zumbo panalero: intensidad creciente hasta la medianoche... Ello obliga al recurso de ir sin más rodeos a lo particular. Tomemos lo de antes, en parte ilustrativo, para dar a entender los síntomas contrarios de dos mentalidades obligadas al jaloneo sutil de hechos oscuros. Se ha de empezar entonces con una redundancia. Luego de que la esposa llegó a casa —un tanto arrepentida y otro tanto dudosa— más o menos hacia el anochecer, Trinidad, ya vestido, absorto se encontraba fume y fume cigarro, tras cigarro, o qué mejor, envuelto en humo en la pequeña sala, ¡en sí!, listo también para sobrellevar lo que venía:

—Tenías razón, nuestros hijos no estaban entre el montón de muertos.

—¡Ya ves!, por eso no quise ir.

—Pero ¿cómo supiste...?

—Quería esperar lo peor y nada más. Una mala noticia tiene alas.

—Ay, sí, qué a gusto me lo dices. Pues déjame te cuento que el chofer...

—También eso lo sé.

—Pero ¿qué es lo que sabes?

Despeje y acomodo para entrar en materia. Primero dos cafés, y enseguida la cena. Primero anteponer los grandes miramientos a modo de llevársela tranquila sin pronunciar palabras sobre lo que en verdad estaba en juego. La atrocidad después, ¿eh?, y esto: que con un palmoteo sobrentendido ella se acomodara. A la cocina, pronto. Dócil la esposa, en friega, como perra de rancho: ¡órale!, como va. Unos huevos ¿qué tal?, y unos frijoles charros, en plato independiente una buena ración, ¿pan francés o tortillas? Es igual. No obstante, y por despecho maternal, la hacendosa mujer soltaba al vuelo cualquier frase incompleta... Es que ¿cómo aguantarse? Ssst, la calma, pues. Cenar. Ella no tenía hambre. Por más que Trinidad le decía «¡ándale!» No, incluso aunque tuviera. Menos, adrede, terca, porque también ningún bocado sávido mitigaría su desazón creciente. Pesadumbre expresada hasta en sus movimientos: su torpeza inusual: ruidos, enjundia. Su rostro corajudo a punto de. Con saña calculando una contrarrespuesta, y, por pensar en sus hijos —un descuido— se le cayó una taza de sus manos. Estallido en el suelo: café-añicos. Reacción. Perplejidad. Entonces sí el despeje. Por impulso, por susto. A platicar se ha dicho. Sobre el tema ¡qué cosas!, ¿y cómo entrar de lleno?

Así, al tanteo, decir: los hechos nebulosos del principio cuando un gentío se unió: una mañana: un mitin gigantesco de pronto convertido en marcha de protesta rumbo a la capital. Unas trescientas gentes. Porque hubo suciedad en los comicios.

Fue un fraude descarado no allí precisamente sino ¿en dónde? Eso queda en tinieblas. Y había que entrarle al bulto por la parte más gruesa sin pellizcar las obvias menudencias. De frente la noticia llegada la ocasión,

cuando la sobremesa es dable y larga para los desembuches que antes fueron, si no escozor, angustia, si no ira, refreno: un colmo de inquietud en los momentos que recogía la esposa lo que se le cayó. Barrer: alebrestada. Igual lavar los trastos. Luego sentarse dizque retadora y sin pedir permiso aventarle a la cara a su marido una frase bien fea, una, referente a lo expuesto por el chofer, allá.

—Los que no fueron muertos por las autoridades huyeron por el monte— frase rematadora de la esposa y sacada con fibra como para imponer su estado de ánimo. Trinidad escuchando solamente. Tras dos buenas fumadas su orgullo se apagaba. Contra su negligencia habia de pecatarse poco a poco que lo oído, en efecto, lo sabía de otro modo. El meollo, por tanto, se deduce, y también se condensa el asegún, puesto que la mujer hablaba atropellada cual si quisiera decirlo todo rápido antes de que el marido respingara.

Afloraba la clave: ...*huyeron por el monte*. De ahí las conjeturas naturales.

Huyó, por ende, la mayoría asustada, y disgregados, claro, los hijos correlones, dos, los únicos dos, de veinte y veintiún años, solteros, albañiles: Papías y Salomón, mismos que vivían juntos cerca del ojo de agua en una casa hecha con sus manos, aparte, ya hombrecitos; mismos que tras la balacera debieron encontrar un tolo inatable. Escondidos o no lo más seguro es que anduvieran vivos y convulsos sacándole la vuelta a los soldados, bola de suatos pencos decididos a interceptar la manifestación en plena carretera. Por supuesto que sí: disparos y estampida sin previo aviso pacificador, sin piedad contra un hato de gente desarmada. Una seria injusticia. En eso coincidieron Trinidad y su esposa. Pero de acuerdo a qué o a quiénes de cuál bando o si era razonable tanta bulla por una votación. La claridad jamás es cosa cierta si proviene de hombres ambiciosos. Ah, chocaron luego las ideas de uno y otra, mas la idea capital se quedó a medias.

—¿A eso querías llegar?, ¿eso es lo que sabías? —inquirió la mujer.

No. Pero el «no» era sutil. Sutil como una gasa que sugiere y moldea algo desconocido detrás de ella: un paisaje, minúsculo o inmenso, de objetos y rejugos portentosos. Historia potenciada de un abarrotero al que sus clientes vienen a contarle mentiras del tamaño de su ocio, y él se deja llevar si su ánimo no mengua; mientras no las desmienta las ideas recibidas de su clientela innúmera le sirven como tema de primicias, acaso vaguedad, semilla luminosa que a la hora de la siesta habrá de germinar, inclusive en la noche, inclusive despierto Trinidad predispuesto, desde temprano, pues: que vengan y le cuenten. No por nada recién hace dos días alguien vino a contarle que sus hijos estaban escondidos en la cueva de El Zopo, que a su vez otro vino a informarle a ese cliente lo traído a la plática cuando más era crítico el asunto. Papías y Salomón temblando de terror. Se explicaba el porqué hasta llegar al cómo: ¿cómo salir? Se entiende que serían descabechados por los guachos injustos si salían gritoneando a pecho abierto sus

«vivas» combativos de lucha y libertad y el nombre de su gallo derrotado: el triunfador legítimo de veras que a la buena: ¡lero-lero!, y ¡ajúa!, y ¡bolas!: los balazos: muertos ellos, sin más, cazados como liebres. Ergo, de acuerdo al asegún, habrían de preferir de todas todas una muerte más digna, en franca santidad, o sea por hambre, por mieditis también, antes que por balazos o algo peor. Así se concretaba lo siguiente: la inútil acechanza, dado que ningún guacho despiadado se acercaría a la cueva porque sería muy tonto si lo hiciera. Tal es la inanidad que el pánico provoca, y en este caso, la dejadez ideada.

—¿Eso es lo que sabías?, ¿por qué no lo dijiste? No tenía ningún caso que fuera a ver difuntos a la plaza.

—Es que... quería dormirme.

—Pues qué mal padre eres, qué inhumano... ¿Y hora qué vas a hacer?, ¿vas a dormirme?

—La verdad tengo sueño, ya es muy noche. Es más —y Trinidad mirando su reloj—, falta menos de una hora para que salga el sol.

Pero eso no era cierto, faltaba mucho más. A cambio el espeluzno: rabiosa trabazón, de hervirsangre en los límites del tiento. Casi fuera de sí, en línea disipada, y el «no» nervioso, largo, de ella a contracorriente reprimiendo las ganas de lanzarse contra un monstruo blandengue. esposo aguada, horrendo, y con frases quemantes a granel. Un cambio de actitud por parte de ella al menos, y en principio, porque, ante una pajarrota de tal envergadura no se iba a remitir, como solía, a un largo rezadero mañana, tarde y noche para ver si... ¡Pues no!, y a fuer de los instantes de inmóvil turbiedad optó por lo siguiente:

—Como tú te haces guaje todo el tiempo yo me voy ahora mismo a buscar a mis hijos.

—Assh —incrédulo exclamó el abarrotero. Como si se tratara de un chiste mala leche sépase que ese «Assh» era de bostezo, para colmo, más bien... Más peor para la esposa, que no lograba sensibilizarlo.

—Si no es mucha molestia, ¿podrías decirme dónde está la cueva?

—La de El Zopo ¿preguntas?

—Sí, la que te dijeron, ¿cuál otra habría de ser?

Explicación tardada en medio de flojeras y estires musculares. El lugar estratégico no estaba muy distante de esa localidad. Yendo a pie cuando mucho cualquiera haría dos horas de camino, desde luego siguiendo estrictamente de una por una las indicaciones, cosa harto complicada, desde luego, sin tener a la mano un croquis básico, diseñarlo en papel ¿sería lo consecuente?, lo más claro posible, despacito. No, quizás después, y, en fin: sobrevino la bronca. El haragán frenándola a base de argumentos contundentes, a pie juntillas sin hacer ademanes, seguro como era de palabras y modo. Tenía razón a medias: la búsqueda apremiante sería una tontería del tamaño del mundo, y más a causa de una pataleta. Agréguese la noche y la mujer a solas en el monte.

Bueno, sí, ¿y por qué entonces le describió al detalle el trayecto más rápido? Error de suspicacia, debido al entresueño. Sin embargo, donde más le fallaba al haragán era en la concepción sentimental, eso que se conecta sólo con el instinto, porque para una madre de por sí arropadora —aparte soterrada por lo antes ocurrido, habida cuenta de que sus engendros jamás le confesaron su determinación de meterse en la bola protestante, acaso nada más para evitar la angustia de la doña, su virtual desacuerdo, y la desobediencia a fin de cuentas que repercutiría forzosamente en sinsabor imbécil—, ah, para una madre así, como varias que hay por aquí cerca, lo fiero le salía bastante natural, tanto más, de raíz, como para dejarse amedrentar por un peligro obvio. Por eso mismo, y por más quisicosas relacionadas siempre con tan chulos horrores, se dirigió a la puerta.

—¡Espera!, no te vayas —clamó el abarrotero. Su culpa por encima de su desfachatez.

—Pero ¿de qué te asustas? Yo confío en mi memoria y tú también confía en que respetaré los pasos a seguir.

—No, mejor no. Mejor mañana ve, o yo voy, como quieras, pero mañana, o ¿qué decir?, dentro de pocas horas.

—Ahora o nunca.

—¿Me estás amenazando?

—Ahora o nunca. ¡entiende!, ¿o me vas a pegar?

—Sería incapaz. Tú sabes.

—Bueno, pues ya está dicho —y que gira la chapa y...

—No, eso me toca a mí. Yo tengo que decir la última palabra, y, por lo tanto, yo soy el que se sale. Voy directo a la cueva.

—¿Irás?, ¿en serio? —irónica la esposa, todavía: tardaba en sorprenderse.

—Iré —y luego más situado—. Podría hacerte promesas, pero me gusta más que hablen los hechos.

—Lo que debo entender es que estás decidido a traerte a mis hijos.

—Traeré hijos o nuevas. Sabré más.

—¡Ojalá!, ¡ojalá! Nomás no te hagas guaje. No vayas a dormirte por ahí.

—Créeme por esta vez.

Brazos cruzados de la madre fiera para mirar con sorna, y no se diga incrédula, el meneo extravagante de un señor que al parecer del sueño no salía; ver la escena completa, cual si fuese película, hasta el momento mismo de la huida. Maniobras perezosas por lo pronto: de ir, venir, enchamarrarse. Listo. Sin sombrero, ¿qué raro? Y sin beso siquiera en el cachete ganó la calle. Adiós. Sólo ese adiós piedoso pronunciado, ni hipócrita ni tórtolo.

Mirada hacia el relumbrante farolero de una esposa volviendo a su papel. Lejos la resonancia: las botas insinuando nueva vitalidad. La mirada a distancia, desde (se sobrentiende) la puerta abierta aún. Ella sola, perpleja, y recapitulando al tiempo que veía la sombra gacha del abarrotero: querencia perdediza...

¿Entonces qué?, ¿seguirlo? No, tampoco. De ese modo, por ende, él debería asumir todos los riesgos. Por lo visto ya estuvo: quedó atrás la sorpresa acaso en aras de una transformación, y sí, porque nomás así por puro impulso la doña gritoneó contrahecha y extasiada: «¡Cuidate, corazón!, ¡regresa cuanto antes!» El eco ¿llegaría? Probablemente fue rumor apenas, vibra significativa entreverada, airecillo venial... en fin, etcétera.

DANIEL SADA